que tenía interés en no oprimirlos. Tiberio resumía en estos términos la política imperial : « Un buen pastor trasquila sus ovejas pero no las desuella. » Así procedieron por espacio de más de dos siglos los soberanos; trasquilaban á las gentes del imperio, sacándoles mucho dinero; pero las protegían en cambio contra los enemigos interiores y sus propios agentes. Cuando los provinciales tenían motivos de queja por las violencias ó depredaciones de su gobernador, reclamaban justicia al soberano. Sabíase que el emperador recibía los memoriales que le enviaban contra sus lugartenientes, y esto bastaba para atemorizar á los malos representantes del poder central y tranquilizar á sus súbditos. — Algunos emperadores, como Marco Aurelio, llegaron á reconocer que tenían deberes para con sus súbditos. Los restantes los dejaron por lo menos administrarse á sí mismos, cuando no tenían interés en impedirlo.

El régimen imperial fué una decadencia para los romanos y una gran mejora para sus súbditos : humilló á los vencedores y exaltó á los vencidos, aproximándolos y preparándolos á confundirse.

XXV. — LA RELIGIÓN CRISTIANA.

El Nuevo Testamento. — Fleury, *Historia eclesiástica.* — Alzog, *Historia de la Iglesia.* — Duruy, *Historia de los romanos.* — De Montalembert, *Historia de los monjes de Occidente.* — Martigny, *Diccionario de las antigüedades cristianas.*

ORIGEN DEL CRISTIANISMO.

Cristo. — El que los judíos esperaban como su libertador y rey, el *Mesías*, apareció al fin en una pequeña provincia del norte, la Galilea, que era apenas considerada como judía, en una pobre familia de carpinteros. Llamábase *Jesús*; sus discípulos griegos le dieron el

nombre de *Cristo*, el Ungido, esto es, el rey consagrado por el óleo santo. También se le ha denominado el *Maestro*, el *Señor* y el *Salvador*. La religión que fundó es la nuestra; todos nosotros conocemos su vida, que es el modelo del cristiano y sabemos de memoria sus enseñanzas, que constituyen el fondo de nuestra moral. Bastará, pues, con indicar qué nuevas doctrinas enseñó al mundo.

La caridad. — Ante todo, Cristo recomendó el amor. « Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma, con todo tu pensamiento, y á tu prójimo como á ti mismo. La ley y los profetas se resumen en estos dos preceptos. » El primer deber es amar á los demás y ayudarles en sus trabajos. Cuando Dios juzgue á los hombres, colocará á su diestra á los que hayan dado de comer al hambriento, de beber al sediento y vestido al desnudo. Cristo empieza por decir á los que quieren seguirlo : « Id, vended vuestros bienes y dadlos á los pobres. » — Para los antiguos, el hombre *bueno* era el noble, el rico, el valiente; después de Jesucristo, el adjetivo mudó de sentido : el hombre *bueno* es el que ama á los demás. Hacer *bien* es amar á nuestros semejantes y procurar serles útil. La *caridad* (nombre latino del amor) es á partir de este momento, la virtud principal. *Caritativo* significa *benéfico*. Cristo opone á la antigua doctrina de la venganza la suya de la caridad. « Sabéis que se ha dicho : ojo por ojo y diente por diente. Yo os digo : si alguien os pega en la mejilla derecha, presentadle la izquierda. También se ha dicho : amaréis al prójimo y odiaréis á vuestro enemigo. Yo os digo : amad á vuestros enemigos, haced bien al que os aborrece, rogad por los que os persiguen, á fin de ser hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace brillar su sol para los buenos y los malos y

llover sobre los justos y los injustos. » Y cuando lo crucificaron, pidió perdón para sus enemigos : « Perdónalos señor, porque no saben lo que hacen. »

La igualdad. — Cristo amó á todos los hombres y murió, no sólo por un pueblo, sino por la humanidad entera; nunca estableció diferencia ninguna entre los seres humanos y los consideró á todos iguales ante Dios. Las religiones antiguas, sin excluir la judía, eran creencias de una nación ó raza particular, que la conservaba celosamente, como un tesoro, sin querer comunicarla á los restantes pueblos. Cristo dijo á sus discípulos : « Id y enseñad á todas las naciones. » y el apóstol Pablo formuló en los siguientes términos la igualdad cristiana : « Ya no hay últimos ni primeros; ya no hay griegos, ni judíos, ni circuncisos, ni incircuncisos, ni bárbaros, ni esclavos, ni libres : Cristo está todo entero en todos. » Dos siglos más tarde, decía uno de los apologistas de la religión, Tertuliano : « El mundo es una república, patria común del género humano. »

La pobreza y la humildad. — Los antiguos pensaban que la riqueza eleva al hombre y consideraban el orgullo, como un sentimiento noble. « Dichosos los pobres, dijo Cristo, porque de ellos es el reino de los cielos. » « El que no renuncie á cuanto posee no puede ser mi discípulo. » Y él daba ejemplo, yendo de una ciudad á otra sin tener nada; cuando sus discípulos se preocupaban del porvenir, les contestaba : « Las aves del cielo no siembran ni cosechan y sin embargo vuestro Padre las alimenta. » — El cristiano debe despreciar las riquezas y más aún los honores. Una vez que sus discípulos disputaban sobre cuál ocuparía en el cielo el primer puesto, exclamó : « El mayor de vosotros será el que sirva á los

demás, pues todo el que se exalte será humillado y todo el que se humille será exaltado. » Todavía hoy el sucesor de San Pedro usa el título de *servidor de los servidores de Dios*. Cristo procuraba rodearse preferentemente de pobres, enfermos, mujeres y niños, en una palabra, de pequeños y desheredados de la fortuna. Todos sus discípulos eran gentes del pueblo y les decía : « Sed suaves y humildes de corazón. »

El reino de Dios. — Cristo decía que su misión en la tierra era fundar el reino de Dios. Sus enemigos creyeron que quería hacerse rey, y cuando lo crucificaron pusieron en el madero estas palabras : Jesús de Nazaret, rey de los judíos. Esto era un grosero error. Cristo lo declaró expresamente : « Mi reino no es de este mundo; » su propósito no fué derribar gobiernos ni reformar la sociedad. Á uno que le preguntaba si debía pagar el impuesto á los romanos, le contestó : « Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios. » De modo que el cristiano acepta lo que encuentra vigente, y trabaja en perfeccionarse á sí mismo y no en perfeccionar la sociedad. Para hacerse grato á Dios y digno de su reino, no hay que andar ofreciéndole sacrificios ni observando prácticas minuciosas como los paganos. « Los verdaderos creyentes adoran al Padre en espíritu y en verdad. » Su moral está contenida toda entera en esta frase de Cristo : « Sed perfectos como vuestro padre que está en los cielos. »

CRECIMIENTO DEL CRISTIANISMO.

Discípulos y apóstoles. — Los *doce discípulos* que acompañaban á Cristo recibieron de éste la misión de predicar su doctrina á todos los pueblos, por lo cual se

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

llamaron desde ese momento *apóstoles* (enviados). La mayor parte de ellos vivían en Jerusalén y predicaban en Judea; los primeros cristianos fueron judíos. Un convertido llamado Saulo y que tomó el nombre de Pablo, fué quien predicó el cristianismo á las demás naciones de Oriente. Éste pasó su vida recorriendo las ciudades griegas de Asia, de Grecia y de Macedonia, llamando para que entrasen en la nueva religión, no sólo á los judíos sino también, y principalmente, á los gentiles: « Antes vivíais sin el Cristo, les decía, extraños á las alianzas y las promesas. Pero la sangre de Cristo os ha acercado unos á otros y ha hecho de los dos pueblos uno solo. » En adelante no se necesita pertenecer al pueblo judío para ser cristiano. Las restantes naciones, que la ley de Moisés dejó fuera, entran por voluntad de Cristo en la nueva fe. Esta fusión se debe á San Pablo; de ahí el calificativo que ha conservado en la historia: *apóstol de los gentiles.*

La nueva religión se extendió primero con mucha lentitud, según lo había anunciado Cristo: « El reino de Dios, decía, se parece á un grano de mostaza, que es el más pequeño de todos, y del cual sale sin embargo una planta mayor que las legumbres más altas, á cuya sombra se acogen las aves del cielo. »

La Iglesia. — Los cristianos que habitaban en un mismo punto tenían la costumbre de reunirse para orar juntos, cantar las alabanzas del Señor y celebrar el misterio de la Cena. Su reunión se llamaba *Iglesia* (asamblea). Los fieles de una misma Iglesia se trataban generalmente como hermanos, y hacían donativos para sostener á las viudas, á los pobres y á los enfermos: la comunidad seguía los consejos de los más respetados, y éstos celebraban el culto: eran los *sacerdotes* (palabra

que significa antiguos). Otros tenían por misión administrar los bienes del grupo y recibían el nombre de *diáconos* (servidores). Además en cada ciudad existía un jefe supremo, denominado *obispo* (vigilante). Poco á poco llegaron estas funciones á exigir tanto tiempo, que la masa de los cristianos se dividió en dos clases de personas: los hombres encargados de la administración de la comunidad formaron el *clero* (parte de Dios) y los demás fueran los *laicos* (el pueblo).

Cada ciudad tenía su iglesia independiente; así es que se hablaba de la Iglesia de Antioquía, de Corinto ó de Roma; y sin embargo, todas ellas formaban una sola, la de Cristo, cuyos fieles estaban unidos por la misma fe. La única fe que se consideraba exacta era la universal ó *católica;* las opiniones particulares ó *herejías*, eran condenadas como erróneas.

Los libros santos. — Los cristianos siguieron considerando como sagrado el *Antiguo Testamento;* pero tuvieron también sus libros santos, que la Iglesia reunió en un solo cuerpo (el Nuevo Testamento) Los *cuatro Evangelios* refieren la vida de Cristo y « la buena nueva (1) » de la salvación que nos trajo. Las *Actas de los Apóstoles* cuentan cómo se extendió por el mundo la nueva doctrina. Las *Epístolas* son las cartas enviadas por los apóstoles á los cristianos de la primera época. El *Apocalipsis* es la revelación hecha por San Juan á las siete Iglesias de Asia. Entre los cristianos hubo otros muchos libros que aspiraban al título de sagrados pero la Iglesia no los ha admitido, y se les llama *apócrifos.*

Las persecuciones. — La religión cristiana fué per-

(1) Este es el sentido de la palabra evangelio.

seguida desde su origen. Sus primeros enemigos, los judíos, obligaron al gobernador romano de Judea á crucificar á Cristo, lapidaron á San Esteban (el primer mártir) y persiguiron á San Pablo con encarnizamiento, llegando casi á darle muerte.

Después vino la persecución gentílica. Los romanos toleraban todas las religiones de Oriente porque los adoradores de Osiris, de Mitra y de la Buena Diosa admitían al mismo tiempo las deidades romanas; pero los cristianos, adoradores del Dios vivo, despreciaban los diocesillos antiguos, y, cosa mucho más grave, se negaban á adorar al emperador como un dios y á quemar incienso en los altares de la diosa Roma. Varios soberanos dictaron edictos contra los cristianos, mandando que los gobernadores los prendieran y les diesen muerte, Una carta de Plinio el Menor (1), entonces gobernador de Asia, al emperador Trajano, nos hace ver cómo se les trataba. « Hasta ahora he procedido siempre del modo siguiente con las personas que me denunciaban como cristianos. Les preguntaba si lo eran; si contestaban que sí, les repetía la pregunta por segunda y por tercera vez amenazándolos con la pena de muerte; cuando persistían, los mandaba ejecutar, convencido de que, fuere cual fuera la importancia de la falta que confesaban, su desobediencia y su indomable tenacidad merecían ser castigadas. Muchos de los denunciados por cartas anónimas, negaron que fuesen cristianos, y repitieron la oración á los dioses que dije ante ellos, ofreciendo además vino é incienso á una estatua que hice traer expresamente con las de los dioses. También insultaron á Cristo, cosas á que, según parece, no se somete nunca el verdadero cristiano. Algunos me confesaron

(1) *Epist.*, X, 47.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

que habían sido cristianos, pero añadiendo que su crimen y su yerro consistió principalmente en reunirse ciertos días antes de salir el sol, adorar á Cristo como á un dios, cantar en coro sus alabanzas y á comprometerse mediante juramento, no para cometer crímenes, sino para no robar, no matar, no cometer adulterio ni faltar á su palabra. Para saber la verdad he considerado necesario dar tormento á dos esclavas que llamaban las *diáconas;* pero sólo he descubierto una superstición absurda y exagerada. »

El gobierno perseguía (1) pero el pueblo mostraba mucho mayor encarnizamiento. Su odio era inmenso contra aquellas gentes que adoraban á un Dios distinto y que despreciaban sus deidades; además pensaba que la nueva incredulidad atraía sobre el mundo la ira del Olimpo. Cada vez que había un hambre, una epidemia, resonaba el lúgubre grito : los cristianos á las fieras. Los magistrados se veían obligados por el pueblo á prender y procesar á los cristianos.

Los mártires. — Durante los dos siglos y medio que los cristianos fueron perseguidos, hubo en toda la extensión del Imperio miles de víctimas de diferentes edades, de ambos sexos y de las más opuestas condiciones sociales. Los ciudadanos romanos eran decapitados como San Pablo; á los demás los entregaban á las fieras. Si se les dejaba la vida era para mandarlos como forzados á las minas; en ocasiones se agravaban los suplicios con refinamientos increibles. En la gran hecatombe que se verificó en Lyón el año 177, los cristianos fueron llevados al circo, después de sufrir torturas en

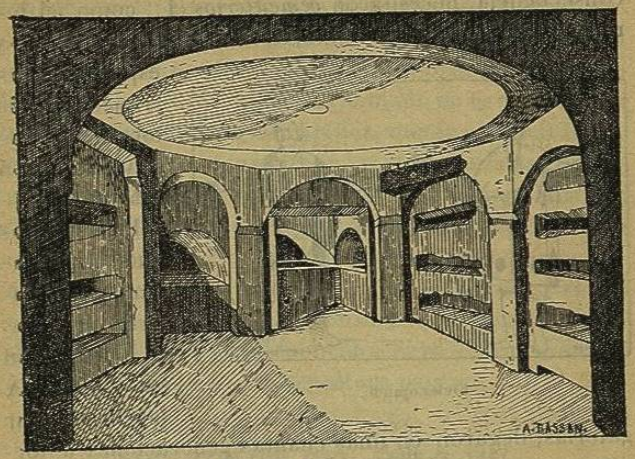
(1) La Iglesia ufrió sdiez persecuciones, la primera en tiempos de Nerón (64), y la última en los de Diocleciano (303).

una estrecha prisión. Las fieras desgarraron sus cuerpos sin matarlos, y entonces los sentaron en una silla de hierro hecha ascua. Blandina, joven esclava que sobrevivió á esos suplicios, fué envuelta en una red y expuesta á los ataques de un toro furioso.

Los cristianos soportaban con heroica alegría esos suplicios que les abrían las puertas de los cielos; así daban pública prueba de su fe en Cristo y por esto se llamaban, no víctimas, sino *mártires*, esto es, testigos; su suplicio era un testimonio, *martirio*. Comparaban esas sangrientas matanzas con los juegos olímpicos y hablaban de *palma* y de *corona* como si hubiera habido en ellas atleta vencedor. Todavía hoy se celebra la fiesta de los mártires en el aniversario de su muerte. — Casi siempre había algún cristiano entre los espectadores que escribía un relato del martirio, contando la prisión, el interrogatorio, las torturas y los suplicios. Esos escritos, llenos de detalles edificantes, se llamaban las *actas de los mártires*, y se extendían de un extremo á otro del mundo romano, dando á conocer la gloria de los confesores é inspirando deseos de imitarlos. Miles de fieles iban á denunciarse movidos por la sed del martirió y pedían que se les condenase. En cierta ocasión mandó un gobernador de Asia que formaran causa á varios cristianos; todos los de la ciudad se presentaron ante su tribunal pidiendo que se les procesase también. Fuera de sí el gobernador, mandó ejecutar á algunos y despidió á los demás con estas palabras: « Idos de aquí, miserables. Si tanta gana de morir tenéis, no faltan cuerdas y precipicios. » Para estar seguros de morir en los suplicios, los había que penetraban en los templos paganos y derribaban los ídolos. La Iglesia tuvo que intervenir en distintas ocasiones para prohibir que se buscara el martirio.

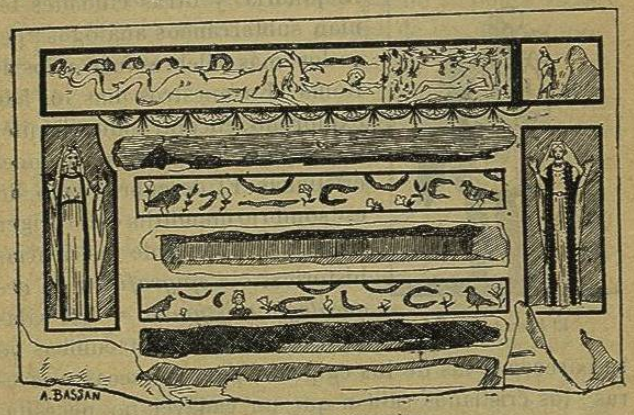
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Las catacumbas. — La costumbre antigua de quemar



Una sala de las Catacumbas.

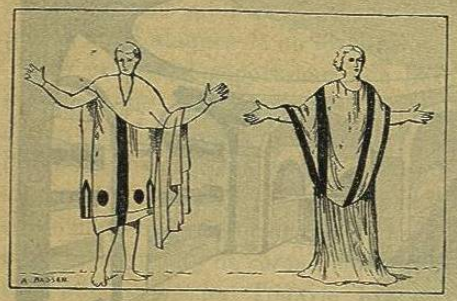
los muertos repugnaba á los cristianos; así es que adop-



Adornos de las catacumbas.

taron la costumbre judía de enterrar los cadáveres en-

vueltos con un sudario y metidos en un sarcófago. En consecuencia, necesitaron *cementerios* (1): como el terreno costaba caro en Roma, abrieron largas galerías y espacios subterráneos en la toba ligera que sirve de base á esa ciudad.



Fieles orando.

En los nichos que practicaban en esas galerías era donde colocaban sus ataúdes. Á fuerza de abrir galerías, llegaron en unas cuantas generaciones á formar una verdadera ciudad subterránea, las *catacumbas* (en las tumbas). Nápoles, Milán, Alejandría y otras ciudades tenían subterráneos análogos; pero los más célebres fueron los de Roma. En nuestros días los han explorado, encontrando allí miles de sepulcros y de inscripciones cristianas. El descubrimiento de ese sombrío mundo ha dado origen á una nueva rama de las ciencias históricas, la *epigrafía* y la *arqueología cristianas*. — Las salas sepulcrales de las catacumbas no se parecen á las de los egipcios, pues son secas y severas; los cristianos sabían que un cadáver no necesita

El buen pastor.

(1) Voz de origen griego; significa lugar de descanso.

nada y no colocaban junto á él provisiones ni objetos de ninguna clase. Las salas más importantes contienen algunos sencillos adornos y pinturas que representan casi todas las mismas escenas. Los asuntos ordinarios son los fieles orando ó el buen pastor, símbolo de Cristo. Varios de esos locales servían de capillas, donde sepultaban los cuerpos de los santos mártires y los de los fieles que deseaban descansar junto á ellos; allí celebraban todos los años sus misterios. Los cristianos de Roma se refugiaron con frecuencia en esos subterráneos durante las persecuciones del siglo III, para celebrar su culto ó escapar á la venganza. Los fieles podían considerarse seguros en ese laberinto sólo por ellos conocido, cuya entrada estaba casi siempre junto á una sepultura pagana.

LOS MONJES DEL SIGLO III.

Los solitarios. — Era idea muy extendida en el mundo cristiano, sobre todo en Oriente, que no se podía alcanzar la perfección viviendo en medio de los demás hombres. Cristo había dicho : « Si alguno viene á mí sin odiar á su padre y á su madre, á su mujer y á sus hijos, á sus hermanos y hermanas, no puede ser mi discípulo. » El creyente que se retiraba de este modo del mundo, para trabajar con más seguridad en su salvación eterna, se denominaba *anacoreta* (hombre que se pone á parte) ó *monje* (solitario). Esta costumbre empezó en Oriente á mediados del siglo III. Los primeros anacoretas se instalaron en los desiertos y las ruinas del país de Tebas en el Egipto superior, en la *Tebaida*, que fué en adelante la tierra bendita de los solitarios. El más antiguo de ellos, (235-340) vivió hasta la edad de 90 años en una gruta situada junto á un manantial y una palmera, que le proporcionaba alimento y vestido. — El modelo

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

de todos fué San Antonio (1). Tenía éste veinte años cuando oyó leer un día el texto del Evangelio : « Si quieres ser perfecto, vende tus bienes y dalos á las pobres. » Antonio era hermoso, noble y rico, pues había heredado de sus padres; sin embargo, vendió lo que tenía, gastó su producto en limosnas y penetró en el desierto de Egipto. Primero se instaló en una tumba vacía y después en las ruinas de un castillo, vestido con un silicio de crin, sin más alimento que el pan que le llevaban cada seis meses, ayunando, macerándose y orando de día y de noche. Á menudo salía el Sol y él seguía aún en sus oraciones. « Oh Sol, exclamaba, ¿por qué sales para impedirme contemplar el esplandor de la verdadera luz ? » Creía estar rodeado de demonios que procuraban, revistiendo las formas más diversas, apartarlo de sus pensamientos religiosos. Cuando llegó á viejo, todo Egipto lo veneraba; entonces estuvo en Alejandría á predicar contra los herejes arrianos ; pero pronto volvió á sus soledades. Como le suplicaban que no se marchase, contestó : « Los peces mueren en tierra, los monjes en las ciudades ; volvamos á nuestras montañas, como el pez al agua. »

También se hacían solitarias las mujeres; hubo una, Alejandra, que se metió en una tumba vacía y pasó allí diez años sin ver á nadie.

El ascetismo. — Los hombres que vivían en el desierto por temor al mundo, pensaban que cuanto procede de éste aparta el alma de Dios y la pone en peligro de no salvarse. El cristiano debe pertenecer enteramente á Dios, y olvidar cuanto antes poseyó ó conoció. Tiene que precaverse sobre todo contra los que ha amado, pues

(1) Véase su historia en las *Vidas de los padres del desierto* por Rufin.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U.A.N.L.

éstos podrían inducirle á volver al mundo. « ¿No sabéis, decía más tarde San Nilo, que el excesivo amar á los padres es una astucia de Satanás ? » El solitario Pœmen se retiró al desierto con sus hermanos ; su madre fué allá y como se negaron á dejarse ver, la anciana esperó á que salieran para ir á la iglesia. Pero ellos huyeron y no consintieron en hablarle sino permaneciendo ocultos. Ella pedía que le dejasen contemplarlos; pero sus hijos la consolaron con estas palabras : « Nos verás en el otro mundo. »

Sin embargo, el solitario tiene un enemigo que no es el mundo, y del cual no puede librarse con la misma facilidad, pues lo lleva á todas partes consigo : es su propia carne. El cuerpo impide que el alma se eleve hasta Dios y la arrastra hacia los placeres terrestres, que proceden del demonio. Así es que los solitarios se ejercitan en someter su carne, negándole cuanto le agrada. No comen más que pan y agua, y los hay que no comen sino dos veces por semana ; algunos se alimentan con hierba sin cocer. — Viven en grutas, en ruinas, en sepulcros, durmiendo sobre el suelo ó en una estera de juncos. — Los más ardientes se imponen sufrimientos suplementarios para *mortificar*, esto es, para *llevar la muerte* á la carta. — San Pacomio durmió por espacio de quince años en pie, apoyado contra una pared. — Macario pasó seis meses en un pantano, picado por mosquitos « cuyos aguijones habrían atravesado la piel de un jabalí. » — El más célebre de todos fué Simeón, apellidado *Estilita*, hombre de la columna, por haber vivido cuarenta años en un desierto de Arabia, sentado en lo alto de un pilar, expuesto al sol y á la lluvia y pasando hasta un día entero en la misma posición. Los fieles acudían á contemplarlo desde remotas tierras y él les daba audiencia desde lo alto de su columna, orde-

nando á los acreedores que perdonasen á sus deudores y á los señores que diesen libertad á sus esclavos; llegó á mandar reprimendas á los ministros y á dar consejos al emperador. — Este género de vida se llamaba *ascetismo* (ejercicio).

Los cenobitas. — Los solitarios que vivían en el mismo desierto se reunieron para practicar en común las austeras prácticas de su vida. Ya en torno de San Antonio se habían juntado muchos anacoretas que seguían sus instrucciones. San Pacomio (272-348) reunió 3.000, que se instalaron en Tabenna, cerca de la primera catarata del Nilo. Además, se fundaron otras muchas comunidades análogas, de hombres y de mujeres. Un viajero cuenta que el año 356 vió en una sola ciudad de Egipto 10.000 monjes y 20.000 religiosas. También las hubo en Siria, en Palestina y en todo Oriente. Los solitarios reunidos pasaron á ser *cenobitas* (gentes que viven en común). Elegían un jefe, el *abad*, de una voz siria qui significa padre, y le obedecían enteramente. Casiano vió en una comunidad de Egipto que el abad dió en pleno refectorio una fuerte bofetada á un cenobita para poner á prueba su paciencia. Los solitarios primitivos renunciaban á la propiedad y á la familia; los cenobitas renunciaron además á su voluntad. Al entrar en el instituto, se comprometían á no poseer nada, á no tomar esposa y á obedecer. « Los monjes, dice San Basilio, viven vida espiritual como los ángeles. » — Los cenobitas se reunieron primeramente construyendo sus cabañas unas al lado de otras. Más tarde edificó cada comunidad una gran casa, el *monasterio*, donde tuvo el monje su celda particular. Un cristiano compara esas mansiones con « una colmena de abejas en que todos tienen en las manos la cera del trabajo y en

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

la boca la miel de los salmos y de las oraciones. » Esas instituciones necesitaban un reglamento escrito, que se llamó *regla monástica*. San Pacomio fué el autor de la primera; San Basilio redactó otra que adoptaron casi todos los monasterios de Oriente.

XXVI. — EL BAJO IMPERIO.

BOISSIER, *La religión romana*. — DURUY, *Historia de los romanos*. — CANTÚ, *Historia universal*.

LAS REVOLUCIONES DEL SIGLO III.

La Anarquía militar. — Las guerras civiles volvieron á empezar después de los Antoninos. En el imperio había entonces, á más del pequeño cuerpo de los pretorianos residente en Roma, varios grandes ejércitos, acampados en el Rhin, en el Danubio, en Oriente y en Inglaterra. Todos ellos querían hacer emperador á su respectivo general. Ordinariamente, los competidores se baten hasta que sólo queda uno; éste gobierna varios años y al fin es asesinado (1), ó si por casualidad muere naturalmente en el trono, los soldados se levantan contra su hijo, empezando de nuevo la guerra. — Como ejemplo puede citarse lo que pasó en 193. Los pretorianos habían muerto al emperador Pertinax y entonces sacaron á subasta el mando supremo. Sulpiciano ofrecía mil pesos por soldado; pero Didio llegó á más de mil doscientos. Así fué que los pretorianos llevaron á este último al senado y lo hicieron elegir emperador; mas, no pudo pagar la suma ofrecida y lo asesinaron. Al mismo tiempo, los tres grandes ejércitos de Bretaña, de Iliria y de Siria proclamaban emperadores á sus jefes y todos se ponían en marcha sobre Roma. Las primeras en llegar fueron

(1) Entre los siglos primero y tercero, de 45 emperadores murieron asesinados 29.